



TRABALEGÁBALO BLANCO

Julián Herbert

Durante más de media vida aborrecí al fabuloso trabalegáballo blanco. Aborrecí sus pezuñas descendiendo laderas con una tesitura de granada de mano. Aborrecí su peluda cornamenta majestuosa, sus ojillos de santo, su rojiza y pelada calavera furiosa destellando en concursos de belleza vocal. Pero lo que más odiaba, lo que realmente me provocaba una ira pétrea, era su habilidad para escupir (a una velocidad en sus mejores campañas homicida) deposiciones varias que con la jeta levantaba, cada tanto, del piso. Era esto un

milagro de extraño ardid bucal: colectaba una hoja de parra con su lengua, sorbía sonoramente las incidencias fecales y, con solo un golpe de quijada, envolvía todo aquello en vegetales nervaduras como si de un fresco habano se tratase. Almacenaba el guato pestilente en su buche, curando [¿cuidando?] claro de nunca masticarlo; reservándolo todo para zaherir a quien osara importunarle.

Me sorprendió por eso notar, últimamente (ahora que los hijos del carnicero Abundio lo capturaron y separaron del rebaño salvaje, lo cegaron y caparon en un establo oscuro, le enseñaron a mugir en escalas menores), que se ha vuelto un bicho manso, incluso un lúcido comentarista de la miseria *real*. Me ha dicho, en un aparte: “Me tratan dignamente. Se dirigen a mí con la palabra ‘Usted’. Me dan mis piezas de sal, mis medicinas. Y me miman con potajes deliciosos.”

A todo esto sonaba satisfecho. Pude notar, al fin, a qué especie corresponde el prodigioso trabalegáballo blanco: se trata de una agrícola vaquilla. ¡Y yo que, aborreciéndolo, llegué a tragarme los rumores mitológicos de su ascendencia grecorromana...!

Desde ese día, no he vuelto a abrir mis álbumes de zoología fantástica. Temo que todos los seres ahí representados se revelen de pronto en un claro esplendor: pollos, cabras, cerdos y borregos. Animales de granja glorificados por mi incapacidad para llevarlos uno a uno –como suelen hacer los hijos del carnicero Abundio– al rastro. —

A LA ORILLA DEL MAR DE LAS IGUANAS

Adolfo Castañón

Durante la primera mitad de su vida, la hembra del coelurosaurio –iguana gigante de cola hueca– se reproduce furiosamente y llega a tener hasta veinte camadas de crías que, a su vez, al alcanzar la madurez se entregan a la reproducción con igual furia que sus progenitores, quienes, cuando ya no pueden reproducirse, ni tienen que velar por la sobrevivencia de sus crías, pasan las horas y los días emitiendo un monótono canto de celebración de sus descendientes y de los descendientes de sus descendientes... En ciertas fechas del año, las viejas iguanas de cola hueca se reúnen para entonar una especie de canto colectivo que suena a lo lejos como el ruido de una tempestad marina. —

